

Pero, nos alzamos luego, con la flor en las manos, y seguimos, deseosos ahora de lo imprevisto, la lectura de *Minuto Muerto*. Y lo imprevisto viene a ser en este libro el que, más adelante, nos encontremos a menudo con la corriente, con la vieja poesía retórica, llena de afeites modernistas. Y, —¡oh contrasentido!— en estos caminos parejos, sólo crecen a ras del suelo, conceptos demasiado parejos:

«Flor de Té
al verte soñé:
que fuiste una Ñusta del Imperio del Sol»,
(Ñusta Soñada, pág. 70).

«El indio es HOMBRE... ¡y entonces
que viva como los HOMBRES!!!»
(Alborada del Indio, p. 88).

La mejor poesía de este libro—una amapola muy roja—es, a nuestro parecer, el *Sátiro* y la *Ninfa*, digna de parangonarse con la *Casada Infiel*, de García Lorca. Por su índole y extensión, no la reproducimos en esta nota.

En general, hay una cierta medida, rara en los poetas modernistas, en este poeta ecuatoriano. Cierta diapasón de pensamientos, ni muy alto ni muy bajo. Hasta su tendencia ya indecisamente de lo nuevo a lo... viejo (iba a decir a lo «eterno»); de lo viejo a lo nuevo: su brújula oscila entre los sólidos continentes y los atrabiliarios mundos irreales. El tiempo definirá sus horizontes.—G. K.



ROMANCERO, por *Daniel de la Vega*. Ed. Ercilla, Santiago.

Veintiocho libros, como veintiocho medallas, condecoran la labor literaria de Daniel de la Vega. ¡Ponderable e imponde-

rable labor! Justo es pensar que entre estos veintiocho títulos esté el Toisón de Oro del poeta: ¿Cuál sería?... ¿Las Montañas Ardientes? ¿Cielo de provincia? ¿Los Momentos? ¿Las Instantáneas?

No creemos que lo sea este Romancero, obra última del autor. Por el tono, por la calidad y, acaso, por la intención de la obra, más parece ésta, hazaña primeriza, una Cruz de Hierro de secundaria clase. Lo decimos, sin hacer acepción del soldado, refiriéndonos sólo a la obra. Y esta obra, es decir, este Romancero, tiene la forma arrogante y moceriles bríos, como si el poeta hubiese bebido en la fuente de Juvencio del espíritu. Pero, a esa perenne condición habría que agregarle, o mejor, restarle, otra condición: Eso hueco y desacorde que suele tener generalmente toda obra de juventud.

No hay en este libro cosas del valor indestructible y perentorio de esa «Ménade», de esa «Oriental», y de esas «Instantáneas», que merecen ser eternas. A la firme y armoniosa poesía y a la seria gracia (ausentes ahora) de tantas páginas anteriores del poeta, substituye aquí intrusamente un verbalismo sonajero y efectista, que en pocas ocasiones logra adquirir el ritmo interno de la verdadera poesía. Se sospecha algo de precipitado, en el intento de este libro. Algo de precipitado y de premeditado, que le restan efecto artístico al lirismo bizarro y bisoño de sus estrofas sonoras. Y algo también de escénico.

Porque, las poesías de este Romancero son más esbozos dramáticos que poesía pura; más grandilocuencia lírica que dramatismo. Sólo en una que otra composición aparece el poeta hecho y derecho, como en esa poesía a VERÓNICA, en la que gustamos cierto diluído sabor a la Gabriela Mistral:

«Risa que vino a mi vida
por tus caminos me vino.
Si ha hallado calma mi sien
sobre tu regazo ha sido.

Verónica,
en tu pañuelo con lágrimas,
mientras me dure la vida,
irá mi angustia y mi cara...» (Pág. 53).

A veces, entre nobles alardes de belleza, tiene alardes traicioneros de mal gusto:

«..... pero yo,
soldado de la vieja guardia de la belleza» (pág. 63).

o bien, incongruencias, y mal gusto a la vez:

«No te asomes al molino
cuando pase mi caballo
revolviendo bravamente las piedras de tu camino»

«Tengo un desilusionado
pechazo de marinero,
y al puerto que ya he dejado
no volverá mi velero...» (pág. 11).

La incongruencia de este marinero de «pechazo» desilusionado, es, a nuestro ver, el pasar a caballo caracoleando por delante del molino de la pobre molinera...

Como se ve, hay un exceso de romanticismo juvenil en este Romancero, del que el prestigio del poeta ha de hacerse responsable. Es un libro que el espíritu de Daniel de la Vega tenía escrito probablemente desde hace veinte años. Hace veinte años, lo habríamos tal vez alabado.—G. K.

